

por ellos en los Juegos fuera digno de alabanza. Si algunos tienen su gran día y consiguen llegar a las finales y alcanzar alguna medalla, será la «guinda» para esa actuación de buen nivel.

Hay que ser realistas y no esperar que, por que las pruebas se celebren en España, todo va a ser fácil. En el deporte no hay milagros. El ambiente favorable, con el público animando, puede ayudar a superarse a nuestros representantes, pero todo tiene sus limitaciones lógicas. Una excesiva presión o exigencias pueden ponerles nerviosos y estropear su actuación. Por tanto, podemos estar globalmente al nivel que el deporte español tiene actualmente, que es bueno, pero no equiparable a países que nos ganan en tradición deportiva, en instalaciones, en mentalidad de su sociedad hacia la práctica del ejercicio físico y en recursos económicos o número de habitantes. Que yo sepa, no somos punta de lanza a nivel mundial en nada y no veo porqué tendríamos que serlo en deporte, en una sociedad todavía excesivamente sedentaria y espectadora en lo que a este concierne. Nuestra obligación es intentar acercarnos a un buen nivel europeo y mantenernos allí. Esperemos que los Juegos de Barcelona, que poco han cambiado la mentalidad deportiva del país, nos dejen por lo menos algunas instalaciones y centros de entrenamiento de calidad. También una mejor inclinación a patrocinar lo deportivo por parte de las entidades privadas e institucionales. A incluir definitivamente en la educación escolar el gusto por el ejercicio físico y tomarse en serio lo de «mens sana in corpore sano». En una sociedad cada vez con más ocio y tiempo libre, la práctica deportiva puede encauzar mejor las energías y ganas de divertirse de nuestros jóvenes, evitando que se dediquen a otras actividades más nocivas para su salud física y mental.

Es evidente que en España se va a hablar del deporte de «antes» y «después» de «nuestros» Juegos. Esperemos que el año 93, tan temido, suponga el comienzo de la auténtica «era de oro» del deporte español, estimulado y mejorado por estos Juegos del 92. Que el buen papel que nuestros representantes estoy seguro que van a hacer allí, contribuya a la mejora de los recursos económicos disponibles tras la cita olímpica barcelonesa. Invertir en esta parcela de nuestras actividades lúdicas es rentable para la salud de la Sociedad. Entre todos los que amamos el deporte tenemos que mentalizar a nuestros compatriotas de que esto es cierto. Espero que la Olimpiada del 92 contribuya a ello. ■

José María Odrizola es catedrático de Bioquímica y presidente de la Federación Española de Atletismo.

LOS JUEGOS DE LA PAZ

Por Angel Mario Carreño

RECORDEMOS que durante 12 siglos, desde los primeros juegos en el año 776 a. d. Cristo hasta la prohibición por el emperador Teodosio en el 393 d. d. Cristo, se celebraban en Olimpia cada 4 años los juegos y su mayor esplendor coincidió, precisamente, con los años de florecimiento político y cultural de Grecia en los siglos V y IV a. d. Cristo.

Erán los tiempos en que Pericles decía: «tenemos un régimen de gobierno cuyo nombre es democracia, por no depender el gobierno de unos pocos, sino de un número mayor...» y continuaba «...y al tiempo que

no nos estorbamos en las relaciones privadas, no infringimos la ley en los asuntos públicos».

Política, cultura y deporte coincidían cronológicamente en el éxito. Habrían de transcurrir 1500 años para que, en 1896, se celebraran en Atenas los I Juegos Olímpicos de la era moderna y ello debido a la iniciativa del Barón de Coubertin, Pierre de Fredí. Y en los II juegos de 1900 en París, donde por cierto, coinciden ese mismo año juegos y Exposición Universal, ya participa por primera vez un deportista español: Pedro Pidal, Marqués de Villaviciosa, que además obtiene medalla de plata en tiro con arco.

Desde entonces la participación española en los Juegos Olímpicos ha sido irregular y con resultados más bien pobres: un total de 15 participaciones en los 24 juegos celebrados y 4 medallas de oro, 13 de plata y 10 de bronce. Por ejemplo en los últimos Juegos en Seúl, nuestro balance fue tan solo de 1 medalla de bronce.

Que a los Juegos Olímpicos, como al deporte se le concedió hasta fecha reciente poca atención por los poderes públicos, se refleja incluso en la escásima bibliografía que existe sobre aquellos. He de destacar como excepciones los dos magníficos tomos «Olimpia y los Juegos Olímpicos antiguos» de Conrado Durantez, y el recién publicado «España en los Juegos Olímpicos», importante trabajo de investigación y estadístico de Antonio Alcoba.

España aspiró a ser sede de los Juegos en varias ocasiones. Concretamente Barcelona presentó su candidatura a los de 1924; 1936 y 1940 y Madrid a los de 1972 así como Jaca para los Juegos Olímpicos de Invierno de

La participación española en los Juegos Olímpicos ha sido irregular y con resultados más bien pobres: un total de 15 participaciones en los 24 Juegos celebrados y 4 medallas de oro, 13 de plata y 10 de bronce

1996. Y después de tres intentos fallidos de Barcelona es en 1986, con la importante presencia al frente del COI de Juan Antonio Samaranch, cuando Barcelona logra su designación para 1992.

Creo que Barcelona, sede de Exposiciones y centro de una región con importante desarrollo deportivo, demostró sus méritos con su insistencia, su interés, y su convicción de la importancia de los Juegos Olímpicos para la proyección mundial de la ciudad y como centro de importantes inversiones en infraestructura. Urbana y Deportiva.

Los Juegos de Barcelona podían ser, además, los de la Paz, cual los antiguos de Olimpia con su origen en el tratado de Ifito Rey de los Eleos, Licurgo de Esparta y Cleóstenes de Pisa, según el cual dos meses antes de los Juegos se suspendían todas las guerras. Podían ser, además, auténticamente universales, después de las ausencias de muchos países del bloque occidental. En 1980 en Moscú, de los países comunistas del Este en los Juegos de Los Angeles, y todavía de algunos países en Seúl, en 1988. Esperemos que ésto se logre a pesar de la ruptura política y situación yugoslava.

Pero sobre todo y desde el punto de vista español, estos Juegos eran, son, los de la solidaridad entre todas nuestras regiones. Solidaridad que se reflejó en el apoyo unánime de todas las fuerzas políticas plasmado en Lausane el 17 de octubre de 1986 día en que se eligió Barcelona.



Irene Papas y Nuria Espert hacen entrega de la antorcha Olímpica que arderá en los Juegos de Barcelona.

La hora de España

Solidaridad deportiva con la respuesta unánime y esfuerzo, durante años, de nuestros deportistas que aspiran no sólo a participar sino a obtener muchos mejores resultados de los conseguidos hasta ahora. Deben ser los Juegos en los que España, como ha sucedido con todos los países organizadores, consiga record de medallas (cosa no excesivamente difícil, como ya hemos visto, dado el balance histórico del deporte español en los Juegos Olímpicos). La importante solidaridad económica quedó documentada en el protocolo firmado en marzo de 1987 por las tres administraciones: Estatal, Generalitat y Ayuntamiento de Barcelona, junto con el comité organizador de los Juegos -COOB- según el cual el Estado asume los primeros 9.500 millones de pesetas, financiándose el resto por la Administración del Estado en un 20%, la Generalitat en un 40% hasta un máximo de 4.200 millones de pesetas y el Ayuntamiento de Barcelona en otro 40%.

Estos Juegos debieran haber servido de lanzamiento definitivo del deporte español y de la educación física desde los primeros tiempos de la etapa escolar

¿Cuál es el resumen, hasta este momento de todo ello?

Estos Juegos «de la paz» exterior en cuanto a participación, se están viendo alterados en nuestro país: primero, por un Comité Olímpico catalán, después por la catalanización, que evidentemente no lo es para la financiación, ya que la participación del Estado aumentó 51.000 millones de pesetas a través de Holsa, reduciendo en esa misma cifra la del Ayuntamiento de Barcelona... y aún se pide más «españolización» económica de los Juegos.

Estos Juegos debieran haber servido de lanzamiento definitivo del deporte español y de la educación física desde los primeros tiempos de la etapa escolar; debieran también haber servido para, desde el marco jurídico de la Ley del deporte y de la de incentivos fiscales a la participación privada en actividades de interés general (larguísimo disfraz de la Ley del Mecanazgo), definir la financiación general del deporte tanto pública como por la iniciativa privada.

Está claro que Barcelona y su entorno sí han conseguido, con el respaldo general, una importantísima, magnífica, infraestructura deportiva y deportiva.

Está claro que el programa federaciones empresas-TV de financiación de los deportistas olímpicos no ha dejado contentos, en general, ni a las federaciones ni a las empresas patrocinadoras.

Está claro que el deporte, que administrativamente dependió hasta fecha reciente del Ministerio de Cultura, que hasta 1990 tuvo una ley de cultura física y del deporte, que por mandato de la Carta Olímpica debe tener, al mismo tiempo que la competición de deportes olímpicos, una olimpiada cultural, ha tenido y presenta grandes deficiencias en el aspecto cultural.

Consideramos necesarios seminarios deportivo-culturales con desarrollo de trabajos científicos, artísticos, sociológicos, literarios... hoy desgraciadamente escasos.

La cultura deportiva aleja al individuo de muchos riesgos de degradarse.

La antorcha Olímpica que recorre todas nuestras Comunidades Autónomas debe ser la señal de Paz entre todas ellas; de pleno apoyo a la catalanización y españolización de los Juegos Olímpicos de Barcelona.

Esperemos sirva también para iluminar a la administración deportiva española y no se apague el interés serio de ésta por el deporte, con la extinción de la llama Olímpica el próximo 9 de agosto. ■

Angel Mario Carreño es diputado y portavoz de Deportes por el Grupo Popular.